

NI MEJORES, NI PEORES; SOLO DIFERENTES



Marco A. Fernández Navarrete
Persona

Si Dios hubiese querido que fuéramos todos iguales o muy parecidos, lo habría hecho ¿no crees?.

Hoy, escribo esta nota sentado en un avión a 32.000 pies de altura mientras viajo a la Ciudad de Antofagasta a semanas de cumplir 50 años. La edad es un dato importante en este relato, ya que no se si antes habría tenido tan clara la decisión de escribirla.

Se sabe que la identidad que nos acompaña en nuestra condición de adultos, se encuentra fuertemente marcada por nuestras interacciones sociales desde que éramos niños. Fue así como, recibimos múltiples estímulos provenientes de nuestros diversos ámbitos de socialización, reafirmando o negando determinadas conductas que en definitiva eran auténticamente nuestras, pero requerían la vida social para seguir estructurando nuestro comportamiento. Lo social, fue tan importante para cada uno de nosotros que conforme a ello somos lo que somos en la actualidad.

Vamos madurando y agudizando nuestra capacidad de evaluación de los demás en función de “peores o mejores” que nosotros, desde allí emerge la discriminación y la competencia respectivamente. La discriminación fundada en prejuicios, muchas veces sin bases y la competencia generando sensaciones de carencia en nuestros corazones, emociones que en definitiva redundan en sufrimiento cuando no logramos alcanzar los patrones de un modelo o arquetipo de persona o en soberbia cuando logramos superarla. En cualquiera de los dos casos nuestros equilibrios se ven perturbados y nos alejamos de tan anhelado estado de felicidad.

Si Dios hubiese querido que fuéramos todos iguales o muy parecidos, lo habría hecho ¿no crees? En la estandarización vive el desequilibrio, la naturaleza se encuentra repleta de estos ejemplos, alegrémonos de ser diferentes y ya dejemos de compararnos con otras personas. Seamos nosotros mismos, sumergiéndonos en un océano de amor propio que nos haga mejores personas, dispuestas a ofrecer nuestros talentos para construir un mundo mejor desde nuestra diferencia.

Cuando uno es capaz de entender, aceptar y valorar sus propias características diferenciales, se amplía un campo visual imaginario para apreciar las diferencias de los demás, con un profundo sentido de amor al prójimo.

Notas



Agradezco infinitamente a Dios, por haberme traído a este mudo diferente; ni mejor, ni peor que los demás, solo como persona en un mundo lleno de otras personas distintas.